



# Dios me Transformó

por *Sidney Moore*

Yo soy prueba que Nuestro Buen Señor puede tomar una vida arruinada y cambiarla tan completamente que resulta una nueva persona.

Yo tuve padres cristianos muy nobles, quienes me enseñaron a diferenciar entre el bien y el mal y me dieron muy buenas oportunidades para un buen principio en mi vida. A pesar que tenía la oportunidad de estudiar en cualquier universidad, salí de la escuela después de terminar el año séptimo de mis estudios.

Tomé mis primeros tragos a la edad de 16 años y batallaba con el problema del alcohol desde ese día.

Mi padre era constructor y yo trabajaba por él. Aprendí a leer planos, hacer trazos, y luego llegué a ser gerente del negocio.

Quebranté los corazones de mis padres con mi embriaguez y los problemas que resultaron de ella. Me dijeron que yo iba a echar a perder todo si no dejaba de tomar. Me dijeron: "Hijo, si sólo cayeras de rodillas y le pidieras, Dios te ayudaría." No les hice caso, porque todo lo que se relacionaba a religión, no me llamaba la atención.

En el año 1936 me casé con Julia Kilpatrick en Lynchburg, Carolina de Sur. Le prometí que dejaría de tomar y lo hice durante nueve meses. Entonces el alcoholismo llegó a ser más y más problemático.

Cuando mi padre falleció, me hice cargo de todo el negocio pero no lo manejaba como él lo hacía. Yo era muy perverso y fraudulento en el negocio. Me emborrachaba todos los días antes de las tres de la tarde. Cuando comprendí que mi manera de proceder estaba manchando el buen de mi padre, dispuse vender todo. Lo hice y malgasté todo el dinero. Aun eché a perder mi propia casa. Lo único que me quedó era un nuevo carro Buick. Cuando se me terminó el último centavo, vendí este hermoso carro en un predio de carros usados en seiscientos cincuenta dólares y con este dinero compré licor.

Mi vida era un fracaso total y una desgracia. Había malgastado todo. Llegué a ser un mendigo en las calles de la ciudad donde mi señora trabajaba y mis niños estudiaban. Durante más de quince años yo era un bolo vagabundo. Caí en la cárcel más de cien veces, y aun durante seis meses era presidiario de cadena en Carolina del Norte. Durante casi todos esos quince años, yo andaba en la inmundicia moral de los barrios bajos y sucios de los Estado del Este.

A fin de tener dinero para pagar mi vicio y lograr vivir muy pobremente, falsificaba cheques en los pueblos donde antes me conocieron como buen hombre de negocios, pero donde ya ignoraban la vida que llevaba. Una vez existían dieciocho diferentes órdenes para mi captura por crímenes graves que había cometido. Durante tres años logré esconderme de la policía.

Por fin caí preso y esa vez no logré salir bajo fianza. Un abogado visitó a un compañero que ocupaba la celda vecina. Pedí una consulta con él cuando terminaba con mi vecino. Escuchó atentamente mi historia y, como le prometí que al salir de la cárcel, dejaría de una vez, el dispuso ayudarme.

Era entonces cuando recordé lo que papá y mamá me habían aconsejado en cuanto a caer de rodillas y pedir ayuda de Dios. Me di cuenta que yo había probado inútilmente todos los demás remedios. Así por primera vez en mi vida caí de rodillas y oré: “Dios, si tú me ayudas a salir de esta cárcel, pondré mi mano en la tuya, y si tú me guías y me muestras el buen camino, jamás durante mi vida volveré a tocar licor. Me compondré y seré hombre hecho y derecho. Volveré a trabajar. Con el dinero que voy ganando, ayudaré a las personas a quienes nadie está dispuesto ayudar – los bolos y gente pobre. Ofrendaré a las iglesias.” Como yo estaba orando en voz alta allí en la cárcel los demás prisioneros se burlaban de mí y aún algunos me pegaron nalgadas diciendo: “¿De veras crees tú todo eso?”

Eso no me importaba. Estaba actuando con toda sinceridad; me sentí diferente adentro – como que Dios estaba conmigo, y me ayudaba. Él obro un gran milagro en mi ser. Desde los dieciséis años yo había tenido una sed insaciable por el alcohol pero él me la quitó y cambió mi vida.

La mañana siguiente salí libre. El abogado había logrado perdón de parte de todos mis acusantes. Era pura obra de Dios. Dieciocho años de prisión quedaron anulados y por cada uno de ellos me correspondía de dos a cinco años de cárcel.

El siguiente paso era hacerme miembro de los Alcohólicos Anónimos. Esa era cosa grande en mi vida porque todavía no conocía ninguna iglesia. En esas sesiones me encontré con personas felices que también, como yo, habían sido bolos pero habían encontrado liberación de su problema poniendo su confianza en Dios.

Me costó mucho hallar un empleo pero el Señor me abrió la puerta de oportunidad como pintor contratista. En el principio sólo bolos me trabajaban. Los pintores profesionales creían que todavía era bolo, y no querían trabajar conmigo por pena de que no les pagaría. Con la ayuda del Señor, yo llegué a ser el contratista mayor en todo el estado de Carolina del Norte y en años después, el más próspero de los Estados Sudestes.

Una vez, estando en la ciudad de Houston, llevé a mi hija a la esquina de una calle y le mostré el lugar donde yo acostumbraba pararme y detener a las gentes, pidiéndoles dinero para comprar vino. Le dije a ella: “Ahora, por la gracia de Dios, yo podría comprar esta manzana entera.”

Desde el momento que Dios me cambió, yo propuse pagar a todo hombre a quien debía dinero o a quien yo había defraudado. Antes de lograr hacer eso, ni me permitía comprar buena ropa. Ahora puedo decir que he cancelado todas las deudas que recuerdo haber hecho. Si de vez en cuando, recuerdo haber salido huyendo por escapar y no pagar algún compromiso, regreso a este pueblo y busco a la persona. Le digo quien soy y le pago lo que le debo. Todos me dicen: “Pero usted no es este hombre. No es posible que usted sea aquel hombre.” Ciertamente, en un sentido, soy el mismo hombre, pero en otro sentido no lo soy. He sido transformado por el poder de Dios.

Un día regresé a una vieja estación de ferrocarril donde yo había dormido durante una semana. Me encontré con cuatro bolos y les conté que yo antes tenía el mismo problema que ellos tenían y que había esperanza para ellos. Me dijeron: “Nos estás mintiendo. Jamás fuiste hombre chamarilero como nosotros.” No podían creer que antes yo robaba lociones refrescantes y alcohol industrial de las tiendas

para tomármelos. Hice el intento de hacerles comprender lo que me había acontecido hace veintinueve años aquel día en la cárcel.

Antes de haber ofrecido mi oración de rendición al Señor, un grupo de hermanos de una iglesia nos visitaba en la cárcel y a mí me conmovieron con un canto: “No es un secreto lo que Dios puede hacer. Lo que ha hecho por otros, Él puede hacer por ti.” Arde en mi pecho un gran deseo de decir estas palabras a todo hombre que se encuentra desanimado, derrotado y desesperado.

Mi negocio exige que visite muchas ciudades. Dondequiera que vaya busco los barrios bajos y a los pobres. Hablo con los alcohólicos. Les cuento de mi vida. Y si me permiten, oro con ellos.

Me costó mucho comprender que Dios pudiera perdonar a un pecador como yo. Yo no me había perdonado a mí mismo. Hace poco, con la ayuda de mi pastor, en mi casa, acepté por hecho cierto, que por amor a Cristo mi Padre Celestial me ama y me acepta a mí y que Él me perdona todo. Al acordarme de que Cristo mismo murió por mí, pude creer que Él me ama y me acepta. Y comprendí que a mí, no me corresponde, ni me conviene rechazar lo que Dios acepta o rehúsa perdonar lo que Dios perdona. De nuevo caía de rodillas y acepté el perdón amplio por mi vida pasada. Sé que soy perdonado y yo mismo me perdoné a mí mismo.

Cada mañana doy gracias por amanecer sobrio y fuera de la cárcel. Le doy gracias a Dios por mi buena esposa quien no me abandonó cuando todos los demás me abandonaron. Le doy gracias por el privilegio de ayudar a otras personas que no tienen esperanza. Le doy gracias por la vida nueva que comenzó cuando caía de rodillas delante de Él

**NOTA Editorial:** Sidney Moore ha vivido una buena vida, sin licor desde el año 1951 cuando dio su vida a Dios aquel día en la cárcel. Era el testimonio de los hermanos que visitaron la cárcel que le hicieron acordarse de sus padres que le habían exhortado a orar. Vive con su esposa en Orlando, Florida, y son miembros de la iglesia Metodista Unida de Broadway.